

RICARDO MARTINEZ



Hay actualmente, en los dominios de la existencia intelectual de nuestro país, un afortunado afán de restablecer la dignidad espiritual del pasado mexicano anterior a la conquista. Nuevos estudios, más sabios y esclarecedores; nuevos descubrimientos, más científicos y exactos, iluminan cada vez a mayor profundidad lo que en ese pasado nos pertenece. Todos esos esfuerzos han sido factores decisivos para que nuestra comprensión de la obra de Martínez, al adquirir precisión mayor, nos permita advertir, mejor cada vez, su solidez y su importancia.

Porque Martínez va a encontrar las formas consumadas por aquellas culturas; las va a estudiar con un amor infinitamente constante, las va a comprender, va a hacer suyos su impulso de vida y su sentido de la unidad; y en el ejercicio de ese amor se va a percatar de los aspectos en que no hay correspondencia entre el mundo humano que engendró esas formas y aquel en que él mismo vive. Y entonces ejercerá sobre ellas su fuerza de hombre individual y presente, y las transformará dentro de sí. Así es como tienen nacimiento sus propias realizaciones, concebidas y ejecutadas dentro del sen-

tido más grandioso de aquéllas, y contenidas en una severa serenidad. Crea, a partir de ese punto, un orden nuevo de las cosas; esto es, un sistema nuevo de resonancias de lo humano. Pero Martínez, como los clásicos, se ha adueñado, para pintar, de los medios heredados de la tradición secular. No ha menospreciado recurso alguno que, procedente de los siglos de evolución de las artes, pueda servirle para robustecer los valores cuya expresión pretende. Y en su obra aparecen transformados, junto a la trágica proporción de la escultura azteca, ciertas coloraciones particulares de los frescos de Pompeya, lo mismo que los refinamientos del dibujo oriental o la sabia composición de los pintores del Renacimiento europeo. Por medio de una elaboración de los elementos plásticos, llevada encarnizadamente a consecuencias insuperables, impone una forma al mundo; empeña, circundado por la complejidad de una tradición que no se agota, su parte del combate común de los hombres, y queda, entonces, dueño de una posibilidad que supera tanto el mundo real como aquél creado por los maestros que lo precedieron.

(1965)